Revista de los Archivos Nacionales

Director: Gral. Jorge Volio

La Historia tiene su majestad augusta: la lisonja la envilece, la mentira la afrenta, sólo la verdad le da vida.- **FEDERICO GONZALEZ SUAREZ,** Arzobispo de Quito

Publicación bimestral	Distribución gratuita

Año VI	Julio y Agosto de 1942 San José, Costa Rica, Centroamérica	Nos. 7 y 8

Plegaría de S. S. Pío XII

al Espíritu Santo, pronunciada en la fiesta de la Ascención del Señor en la Catedral de San Pedro

"Desciende, oh Santo Espíritu Creador. Tú ya has descendido y estás en medio de nosotros. Tú estás cerca de la Esposa de Cristo; eres su vida, su alma, su consuelo, su defensa, siempre y particularmente en los momentos de calamidad y dolor.

"Vierte desde lo alto tanto de la plenitud de Tus dones, que todos los pastores y sus ovejas puedan irradiar en el mundo la luz de su fe; sé el sostén de su esperanza, la fuerza de su amor.

"Que por tu medio, Espíritu Iluminador, Espíritu de Consuelo y Fortaleza, las inteligencias cristianas de toda condición, humildes o elevadas, entiendan o sientan no sólo la gravedad extraordinaria sino también, la gran responsabilidad de la hora presente, en que un mundo viejo, que se apaga en el dolor, genera un nuevo mundo.

"Que Tú ilumines, para todos los que llevan impreso en sus frentes el nombre de Cristo, la senda estrecha de la virtud, la única que lleva a la salvación, haciendo que se levanten del suelo de su indiferencia, de su tibieza e irresolución, procurando emanciparse de la desordenada codicia por las cosas de la tierra.

"Que por tu Espíritu Consolador vuelva no sólo el alivio de la resignación, sino, por encima de todo, el vigor de una confianza que reanime a innumerables corazones que gimen y están a punto de ceder, agobiados por el peso de ansiedades y circunstancias apremiantes, de sacrificios e injusticias, de opresión y humillación.

"Sé Tú el reposo en nuestro trabajo, la calma en nuestra inquietud, calor que nos aliente en la frialdad, alivio en nuestros lamentos. Sé Tú padre de las huérfanas, defensor de las viudas, alimento del pobre, sostén de los desampa-

rados, techo para los desterrados, guardián de los perseguidos, escudo para los combatientes, liberación de los prisioneros, bálsamo para los heridos, medicina para los enfermos, refugio de los pecadores, auxilio de moribundos.

"Consuela y reune a todos aquellos que se aman entre sí con corazón puro y que las vicisitudes del presente han separado. Haz que donde calla la voz del consuelo humano, hablen la sonrisa y la mano de la Caridad Cristiana, haz que ante los ojos de la fe resplandezca, como augurio indefectible de júbilo, el alborear de un día en que la superabundancia de Tu inefable recompensa cumpla la promesa del Apocalipsis: "Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas; ni habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido; ni habrá más dolor, porque las cosas de antes son pasadas."

"Que por Tu medio, Espíritu Maestro de la Verdad, se difunda en los corazones y en las inteligencias de los hombres, un anhelo intenso de paz, no por razón del miedo al sacrificio, sino a través de una resurrección moral. Que sea un anhelo de paz con justicia, moderación y sabiduría; una paz que en sus postulados, en su contenido y en su realización, no olvide nunca Tu advertencia: "Contra el Señor no hay ni sabiduría, ni prudencia, ni consejo."

"Infunde en ellos al mismo tiempo, aquella resolución deliberada que es necesaria para una paz que no ignore las premisas indispensables, sus líneas fundamentales y correspondiente desarrollo que ha de seguirse de ellas.

"Haz que los Gobernantes de los pueblos eleven y dirijan su pensamiento a la grandeza, a la dignidad y a los beneficios de esta paz, en forma que no midan los derechos vitales de sus naciones con la medida de sus espadas, ni siquiera según la amplitud de ventajas anheladas, sino de acuerdo con las santas normas de la Voluntad y de la Ley Divinas.

"Oh, Espíritu Creador, visita las inteligencias de tus fieles y llena sus corazones de Tu gracia. Durante el tiempo de esta prueba, otórganos con la omnipotencia de Tus dones a Nos que guardamos el redil de Cristo, y a aquellos que escuchen Nuestra voz, la virtud para cumplir y promover, con fe inquebrantable, con esperanza jubilosa e inflamada caridad, la misión de salud que el Redentor legó a Sus discípulos: "Vosotros daréis testimonio de Mí."

"Hasta cuando sobrevenga el día en que la Iglesia, despojándose del luto de su indecible congoja, pueda exclamar—agradecida y jubilante ante el Dios de la Paz y Sol de la Justicia—: la mano derecha del Señor me ha exaltado; no moriré sino que viviré y proclamaré las obras del Señor."